LA DANZA DEL CAOS

EL LOBO



MARISOL SALES GIMÉNEZ

algar



Prólogo

Cuando el que siempre caminó solo aprenda a enredar su hilo, el invierno sabrá su nombre. Todo lo que ate conocerá su mismo final. No es el lazo lo que rompe el mundo, sino creer que aún puede desatarse.



1

10 días para la advertencia de la norna.
34 días para el fin del mundo.

Mi hermano pasó a recogerme en su coche para que fuéramos juntos al primer consejo tras el Yule. Aunque me costara admitirlo en voz alta, había disfrutado del Yule en Asgard.

Había escenas que se repetían una y otra vez en mi mente, imágenes que habían anidado con fuerza en mi memoria, pero que prefería dejar atrás. Algo que jamás recomendaría a una mujer si me contara en una plegaria haber vivido una situación similar. Pero la realidad era cruel: en aquel momento no podía denunciar públicamente lo que Odín me había hecho, y yo debía continuar. No, no era lo correcto, pero debía ser cauta con el dios de dioses.

Además, no era el único al que prefería no ver después del Yule en el consejo.

Tras dejarme plantada la noche que teníamos que cuidar juntos el *yule log*, mi hermano apareció por mi casa con magdalenas de moras y frambuesas de Vanaheim, y lo dejé entrar.

Reconoció sentirse desorientado en Asgard y no encontrar el lugar que le correspondía, aunque lo que más me sorprendió fue su confesión sobre que ni siquiera en casa encontraba esa paz. Lo acompañaba la angustia de sentir que era la pieza de un puzle que no encontraba ni siquiera la caja a la que pertenecía. Las magdalenas ablandaron mi paladar; sus lágrimas, mi furia hacia él.

–No tienes por qué cambiar para encajar, Frey. Tú siempre serás la pieza que cuadre en mis hendiduras.

El abrazo selló la promesa de que no estábamos solos.

Cuando entramos en el edificio donde se celebraba el consejo, ese que estaba en un monte casi inaccesible que a mí me parecía una metáfora sobre el sistema desigual y opresivo que habían creado los dioses de Asgard, había todo tipo de expresiones: unos, abatidos por tener que esperar otro año para el siguiente Yule; otros, felices por volver a su rutina, y algunos arrastraban la resaca. Thor era la encarnación de los tres.

–No recordaba que el *aquavit* sentara tan mal –murmuró sin quitarse las gafas de sol.

–Te excediste en la cantidad. Y no solo un día, sino todos ellos –le recordé sonriendo–. Además, pensaba que el dios de la fuerza nunca tenía resaca.

Thor se giró de pronto para mirarme a la cara y contener la ofensa que mi burla le había provocado, lo que agrandó mi sonrisa.

–Nunca nadie dijo que yo fuera el dios de la juerga.

–*Touché*. –Me reí por lo bajini.

–¡Qué pronto habéis llegado! –Balder nos saludó con alegría genuina.

–¿Puedes no gritar, por favor? Eres *tan* escandaloso... –Thor fue a sentarse a su puesto resoplando.

–Tu hermano tiene resaca –dije restándole importancia al ver su ceño fruncido.

–¿Qué tal pasaste los últimos días del Yule? –le preguntó Frey.

–Muy muy bien. Nanna y yo estuvimos al lado de la chimenea disfrutando de un buen queso de Jötunheim, y con la tranquilidad que da que todas las guerras se hayan dado un respiro en Yule. Hoy ya no he podido dormir, pero bueno... El mejor día fue cuando vino mi hijo a comer estofado con nosotros. Forseti cocina muy bien. A ver si un día nos reunimos y lo probáis.

–Suena de maravilla. –Frey se llevó las manos al pecho con emoción.

–Tú más tranquilo, pero Nanna... –Dejé la frase en el aire.

–Sí. Si tenemos en cuenta la de parejas y familias que se traicionan durante estas fiestas, es una época complicada para ella, al ser la diosa de la fidelidad.

–Sí, lo sé. Ayer vino a mi casa y estuvimos hablando. Hoy volveré a llamarla a ver qué tal está. –Le apreté el brazo para reconfortarlo.

–Te lo agradezco. Nanna valora mucho tu amistad. –Balder me devolvió el gesto.

Nanna y Balder se habían ganado un hueco tan importante en mi corazón que ni siquiera me percaté de que

Loki había entrado, había tomado asiento y se burlaba de Thor, que dormía sobre la mesa del consejo con la boca abierta. La saliva, el aire y hasta los pensamientos se me atascaron, lo que me obligó a beber agua y provocó que él me dirigiera su atención fugazmente.

Todos –menos mi ansiedad, que revoloteaba por la sala–, tomamos asiento cuando Odín entró.

Nos contó un rollo sobre lo contento que estaba, sobre lo bien que un año más había salido el Yule y lo feliz que se había sentido Frigg como patrona de la fiesta. Durante toda aquella charlatanería, estuve mirándome las uñas, que ya habían perdido la mayor parte del color que les había dado para el Yule. Empecé a mordérmelas compulsivamente en un intento por gestionar el asco que me producía ver a Odín sonreír y el agobio que me invadía al estar en la misma sala que Loki. Si cerraba los ojos era capaz de oler su perfume desde mi sitio. O quizá fuera mi memoria jugándome una mala pasada.

Tras los golpecitos en la espalda habituales en estas sesiones, Odín dio la noticia que me hizo levantar la cabeza de golpe:

–He estado considerando la última sugerencia que Freya hizo en este consejo y he decidido que es justo que otras diosas formen parte de él. Hoy mismo les enviaremos nuestra propuesta, y esperamos que se puedan unir a nosotros a partir de la próxima sesión. Es mi voluntad que este consejo represente el mayor número de voces elocuentes posible, y necesitamos una mayor visión femenina. Por lo tanto, enviaremos una solicitud

a Frigg y a Sif para que se unan presencialmente y otra a Hella para que lo haga por videollamada.

El regocijo que esta noticia me provocó se quedó helado al escuchar el último nombre.

–¿Vamos a tener entre nosotros a ese monstruo? –intervino Tyr con rabia.

–Es un insulto para este consejo, Odín. No debería estar entre nosotros. Esa mujer, ese monstruo, es... –empezó a decir Bragi.

Y Odín interrumpió sus palabras llenas de odio.

–Hella es la diosa de la muerte y regente de uno de los nueve mundos, Helheim. La realidad es que no sé qué haces tú aquí antes que ella. Aunque Hella es de otra naturaleza y no está del todo viva como nosotros, no podemos ni debemos ignorar la gran piedra angular que supone para la salud del Yggdrasil, para que todo funcione como debe. Le enviaremos nuestra propuesta y espero que la acepte. Es mi deseo que Hella se sienta integrada aquí.

Odín habló con dureza, aunque su mirada transmitía dudas. Jamás llegué a pensar que Hella, la diosa que existe tanto muerta como viva y que regenta el reino al que van las almas de aquellos que no murieron en batalla, pudiera formar parte de ese grupo que, hasta el momento, carecía de interés real para mí. Aunque intentaba mostrarme orgullosa por haber conseguido que al menos tres mujeres entraran en el consejo y que, además, una de ellas representara a todo un reino que no era Asgard, sabía que Odín no daba puntada sin hilo.

La realidad era que tres mujeres eran pocas. Lo más profundo en todo aquello era que probablemente Frigg y Sif hubieran sido invitadas para disimular el hecho de que Odín quería tener contenta a Hella. ¿Qué sabía la diosa de la muerte? ¿O qué había visto «el padre de todos» sobre el papel de Hella en su propio futuro?

Él no era de los que concedían favores.

–El siguiente y último punto es que hemos detectado que algún dios está interviniendo en conflictos bélicos sin consultar a este consejo –anunció Odín con el rostro muy serio.

–¿Cómo? –exclamó Tyr, lleno de rabia.

–¿No lo sabías, aun siendo el dios de la guerra? –se mofó Thor haciendo que la barriga se le moviera arriba y abajo.

–Hemos detectado cambios en el devenir de algunas guerras en diferentes puntos del Yggdrasil y sabemos que ha sido por intervención divina –completó Heimdall con calma y dureza.

–Antes de que todos os lancéis a dar vuestras opiniones, queremos saber lo que piensan los dioses que tienen estas competencias. Empezando por Freya, como diosa de la estrategia, poseedora de un salón de muertos y una de las deidades que también representan la guerra –ordenó Odín sin expresión en el rostro.

Si algo tenía claro era que, conforme hablaban, no sabían quién había sido. Y que no lo supieran apuntaba de forma directa a un dios que se encontraba en esa sala.

–¿Cuál es la pregunta exactamente? –me permití decir con cierto tono vacilante.

–Si crees que, pese a la cantidad de dioses que representan la guerra, se puede actuar de manera individual sin consenso del consejo. –Odín tomó mucho aire para digerir mi tono burlón.

–Sí, creo que cada dios debe ser fiel a sí mismo y atender las plegarias que recibe de la forma más honesta que pueda. Si no confiamos en las funciones de todos los dioses, quizá no deberíamos debatir sobre el libre albedrío, sino sobre si todos merecen los cometidos que les son encomendados. La clave para el correcto funcionamiento de las plegarias es, precisamente, la privacidad intrínseca a ellas. Así que sí. Creo que incluso en temas bélicos cada uno debe actuar con total libertad –sentencié a pesar del descontento en el rostro de algún compañero.

–Pero ¿no debería ser justo al revés?

Loki habló con seriedad, mirándome sin parpadear, tranquilo, con las manos cruzadas sobre el regazo y el tobillo derecho sobre su rodilla izquierda. Llevaba el pelo engominado hacia atrás, y la línea negra que solía pintarse en los ojos intensificaba su mirada.

Cómo no. Él creando caos desde la calma más absoluta.

Pero yo era justo al revés: buscaba el orden desde el nerviosismo más intenso.

–¿Y eso por qué? –pregunté sin aire en los pulmones.

–No creo que el tema de la guerra deba permanecer en secreto por algo tan básico como que las plegarias han de ser privadas. En las guerras, más que en cualquier otro ámbito, se mueven intereses que, precisamente, este secretismo favorece para que permanezcan bajo la

alfombra. Creo que todo lo que tenga que ver con la guerra debe hablarse y pactarse públicamente para evitar que ningún dios actúe en beneficio propio solo por mantener la privacidad de las plegarias.

¡Era el colmo! Era él quien estaba actuando «bajo la alfombra» y quien salía públicamente a defender lo contrario. El título de dios de las artimañas se lo tenía bien ganado.

–Y yo creía que hablábamos por turnos y que no se lanzaban las opiniones al aire –repliqué intentando no perder el aliento.

Loki me respondió con una sonrisa de medio lado e, irguiendo la espalda, dijo:

–Propongo crear un consejo de guerra.

Todos empezaron a murmurar.

–¿Y qué? ¿Formarías tú parte de él? –Tyr gesticuló con violencia.

–Oh, no. Yo no tengo nada que ver con la guerra –llevándose la mano al pecho sin dejar de sonreír.

El murmullo iba en aumento. La sonrisa de Loki se ensanchaba. El cabreo de Odín crecía por segundos.

No podía existir nadie a quien le gustara más enredar que a Loki. Ni siquiera podía disimular la enorme satisfacción que le generaba verlos a todos tan alterados.

–¡Silencio! –bramó Odín dando un golpe en la mesa.

Todos enmudecieron, salvo Loki:

–Solo nos reunimos los lunes. No irás a decirme que tenéis tanto trabajo que no podéis hacerlo, ¿no? –Loki no abandonó su sonrisa burlona al hablar.

La intervención de Loki llevó a un debate de horas en el que él solo intervino de forma puntual para pinchar y hacer reventar a algún miembro del consejo. Por mi parte, me negué a que Loki consiguiera sacarme de mis casillas públicamente. Cuando Odín levantó la sesión, la conclusión fue que seguiríamos con el debate en la siguiente. Había sido una reunión echada a perder, con un nuevo conflicto mayúsculo abierto y diseccionado en mitad de la sala sin llegar a buen puerto. Y, probablemente, un día muy satisfactorio para Loki. Nadie podría decirle que no había trabajado.

Cuando llegué a mi casa, le dije a Jaer que tenía la noche libre, pues tenía la cabeza tan embotada que necesitaba soledad y descanso.

Me di una ducha de agua caliente, me embadurné con aceites y me puse una falda de seda verde esmeralda demasiado elegante como para quedarse sola en casa y el collar Brisingamen, que nunca llevaba en público, ni siquiera ante Jaer. Justo cuando terminé de abrocharme el último pendiente, llamaron a la puerta.

Allí estaba Loki, con su abrigo oscuro, el rostro sereno y las manos a la espalda. Aquella mirada suya tan intensa, con esa sonrisa sincera y agradable que no había visto en todo el día, hizo que me temblara una pierna.

–¿Lo has traído? –logré decir.

Sacó una bolsa alargada de detrás de la espalda.

–No me olvidaría del vino en nuestra primera cita.